

José Antonio Marina  
María Teresa Rodríguez de Castro

# La conspiración de las lectoras



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* cartel © Vicente Vila, «Willa»

*Primera edición:* diciembre 2009

© Empresas Filosóficas, S. L., y María Teresa Rodríguez de Castro, 2009

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2009  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-0792-9  
Depósito Legal: B. 39777-2009

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*A María*

J. A. M.

*A mis padres, Jacobo y María Teresa,  
y a mi tía Carmen (Nena).  
A mi familia*

Me gustaría agradecer a Marisa Mediavilla, directora de la Biblioteca de Mujeres; a Pilar Piñón, directora del Instituto Internacional, y a Tracy Eubank, antigua alumna de Smith College, la ayuda que han prestado.

M. T. R. de C.

Cada generación, provista de los conocimientos de las anteriores, podrá prolongar constantemente una educación que desarrolle todas las facultades del hombre, y de esa manera conducir a la especie humana hacia su destino. Entonces, imperará la justicia, y la equidad, no por obra de la autoridad pública, sino en virtud de la propia conciencia de los ciudadanos.

INMANUEL KANT

A estas alturas de mi vida, no sé si mi admirado Kant fue un ilustrado o un iluso.

DON NEPOMUCENO CARLOS DE CÁRDENAS,  
*comentando las guerras napoleónicas*

## INTRODUCCIÓN

JOSÉ ANTONIO MARINA: Entre las variadas figuras en que se encarna la racionalidad, en las que se hace real e impura la razón pura –como son el científico, el jurista, el filósofo, el hombre de negocios, el ingeniero, el médico–, siempre me ha atraído una, sin duda menor, pero que para mí está aureolada de un prestigio aventurero, literario y cinematográfico. Me refiero al detective, que ejerce una racionalidad práctica y emocionante. Detecta enigmas, husmea, busca información, induce, deduce, seduce y a veces hasta adivina, como señaló el gran lógico Peirce, que elaboró para explicarlo una teoría sobre la abducción.<sup>1</sup> Tengo mis modelos: Sherlock Holmes, Nero Wolfe, Maigret, la señorita Marple, Aristóteles y el abate Mersenne, cuya historia contaré alguna vez, que en pleno siglo XVII desde su celda parisina mantuvo una secreta red de corresponsales científicos en toda Europa. Para imitarlos he creado mi propia agencia de detectives –Mermelada & White–,<sup>2</sup> que no investiga crímenes sino asuntos políticos, filosóficos o culturales relevantes para mis clientes o para mí. Reconozco que es una forma ingenua de satisfacer una ensoñación infantil o adolescente: ser un detective o, al menos, escribir

novelas policíacas, y, a ser posible, por entregas. Al final, he descubierto la cuadratura del círculo: escribir novelas de detectives de las cuales soy yo el protagonista. Ya les había advertido de la ingenuidad de mi solución.

Nuestra especialidad son los casos olvidados o desapercibidos o archicomplejos, en especial aquellos que, por moverse en terrenos poco definidos y exigir saberes múltiples, quedan descuidados por la investigación académica. Por ejemplo, nos interesa adivinar tendencias, descubrir los sistemas ocultos que determinan la realidad vivida, explicar la aparición de movimientos sociales o la tiránica vigencia de las modas. En suma, revelar la categoría en el corazón de la anécdota. Somos una mezcla de *cool-hunters* y de arqueólogos. Este libro es la narración de uno de esos casos o, mejor dicho, de la investigación de uno de esos casos. No sospechaba que iba a ser tan interesante ni tan triste. Como suele ocurrir en las novelas policíacas, no es una historia lineal, porque los detectives nos guiamos a veces por corazonadas, y ya se sabe que las razones del corazón a veces son muy poco razonables, por ello seguimos con frecuencia pistas equivocadas o dejamos de lado las verdaderamente relevantes. Pero así es este oficio y, si me apuran, así es la vida.

Este caso comenzó con un comentario que me hizo Carmen Martín Gaité una tarde que conversábamos en mi jardín. Carmiña era una estupenda conversadora, capaz de convertir cualquier cosa en una aventura excitante. Recuerdo el divertido pasmo con que le oí contar sus peripecias en un gélido Archivo de Simancas, mientras buscaba documentación para su libro sobre Macanaz. Hasta tal punto me interesó la historia, que la animé a escribir un relato y titularlo: «El rastro del muerto». Había, sobre todo, un misterioso «asunto del chocolate», que ese personaje ci-

taba varias veces en su copioso epistolario, y que tenía en la narración de Carmen un aura tragicómica intrigante. Durante la conversación en el jardín a la que me refiero, me contó que andaba buscando documentación sobre Elena Fortún, la autora de los cuentos de Celia y Cuchifritín, y que en uno de sus libros, *Celia, lo que dice*,<sup>3</sup> el primero de la exitosa serie, había encontrado una palabra que le había intrigado: «Lyceum». La madre de Celia quedaba frecuentemente a tomar el té con sus «amigas del Lyceum». Carmen había descubierto que se trataba de un interesante grupo de mujeres, de todas las tendencias políticas, que había fundado en Madrid una asociación cultural relacionada con una red internacional de Lyceums. Pronunció un par de conferencias sobre este asunto,<sup>4</sup> pero murió sin tener tiempo de seguir la pista con la tenacidad con que acostumbraba.

Mi curiosidad aumentó porque en la autobiografía de María Teresa León, mujer de Rafael Alberti (o mejor dicho, para adecuar el estilo al tema, mujer de la que Alberti era marido), leí: «En los salones de la Calle de las Infantas se conspiraba entre conferencias y tazas de té.» Y añadía: «El Lyceum club no era una reunión de mujeres de abanico y baile. Se habían propuesto adelantar el reloj de España.»<sup>5</sup> El asunto no podía ser más interesante: *una conspiración femenina para adelantar el reloj de España*.

Elena Fortún y María Teresa León pertenecían a ese misterioso club. Su presidenta y fundadora fue una mujer por la que siento gran admiración, María de Maeztu. Directora de la Residencia de Señoritas —el análogo femenino de la famosa Residencia de Estudiantes—, miembro de la Junta de Ampliación de Estudios, doctorada en Estados Unidos, es una figura que concentra las contradicciones de la difícil hora española que le tocó vivir. Se había con-

vertido en el centro de una red social tupida, culta y variada. Mantenía, por ejemplo, una estrecha relación con el Instituto Internacional, una institución educativa fundada por un matrimonio americano que vino a España para predicar el protestantismo pero acabó dedicándose a fomentar la educación de la mujer. De María conservamos el retrato que escribió Carmen de Zulueta, otra protagonista de esta investigación:

Cuando nos cruzábamos en algún pasillo, me daba un golpecito afectuoso en la cabeza y seguía corriendo. María aprovechaba cada minuto del día, parecía haberse contagiado de las americanas vecinas del Internacional, con el lema «*time is gold*». Iba siempre a gran velocidad, con un sombrerito en su cabeza rubia que se decía que era peluca, y un abrigo de petitgris, una piel de ardilla, entonces de moda.<sup>6</sup>

Lo llevaba en la nuca, y Carlos Morla comenta de él en sus memorias: «Diríase que se le va a caer o que ya se le ha caído.»<sup>7</sup> Este sombrero –siempre el mismo– resultaría ser algo tan característico de María de Maeztu que hasta Federico García Lorca dedicaría una canción con acompañamiento de guitarra al «sombbrero de María», que dio lugar a anécdotas curiosas.<sup>8</sup> Gloria Giner, mujer de Fernando de los Ríos, ex ministro de Justicia, tuvo que conseguir un salvoconducto para que su amiga pudiera utilizarlo en el Madrid de principios de la guerra civil porque se consideraba que llevarlo era un capricho burgués, como usar corbata o zapatos de tacón.<sup>9</sup>

María nos explica la razón de su actividad: «No me basta con *ser*, tengo que *hacer*.» Todo ser humano, inevitablemente creador, debe en realidad decir lo mismo: «Ante

mí surgen un cúmulo de empresas, un cúmulo de proyectos que he de realizar. No puedo quedar pasivo ante el mundo, ante sus desfallecimientos y fracasos. No puedo contemplar impávido el drama del dolor humano que es el vivir. No puedo permanecer indiferente ante los niños abandonados, ante las mujeres que sufren. No puedo elegir entre la acción y la contemplación.»<sup>10</sup> La comprendo muy bien.

María de Maeztu encarna una de las ideas básicas del Lyceum, que era compartida por la ciudadanía más reflexiva y consciente del momento: lo que voy a llamar la «utopía educativa». «Hoy más que nunca se le pide a la educación que realice el milagro de convertir lo imposible en posible», escribió.<sup>11</sup> Desde finales del XIX, en España las esperanzas de regeneración política se cifraban en la escuela. De hecho, una parte de nuestra historia puede explicarse como un enfrentamiento entre dos paradigmas: «Sólo la educación puede cambiar una situación injusta» y «Sólo la fuerza puede cambiar una situación injusta».

Pensé que la historia de un grupo de mujeres brillantes, en un ambiente intelectual también brillante, viviendo un momento trágico de la historia de España, creyentes en esa utopía que también me enardece, era un asunto digno de ser investigado, pero lo olvidé. Hay demasiados temas atractivos, que están por ello sometidos a una especie de darwinismo mental, a una inclemente lucha por la vida, en la que unos perecen y otros sobreviven y acaban convirtiéndose en libros. Pero, como los rockeros, los buenos asuntos nunca mueren, o si mueren les llega el turno de resucitar. Eso ha ocurrido con el Lyceum, por razones que detallaré en el capítulo siguiente, donde comienza la narración del caso.

## I. EL RETORNO DE UN CASO OLVIDADO

En los últimos años me ha interesado cada vez más estudiar la «inteligencia social», es decir, los fenómenos que surgen de la interacción entre inteligencias individuales, y que pueden ser emergentes o submergentes, producir formas de convivencia nobles o encanalladas, claras o confusas, ascendentes o degradantes. Y esto ocurre a todos los niveles de convivencia —en las parejas, las empresas, o las naciones—, lo que me lleva del entusiasmo a la angustia, en una suerte de ciclotimia filosófica, ya que la inteligencia social me parece simultáneamente la gran esperanza de la humanidad y el gran peligro de la humanidad.<sup>12</sup> Ella se encarga de elaborar las normas morales, los códigos jurídicos y las vigencias culturales, y, por ello, la calidad de nuestra vida depende de la calidad de esa inteligencia. Tal vez les extrañe que apele a una inteligencia social en vez de confiar en la inteligencia individual, pero lo hago por buenas razones. La inteligencia aislada no basta para acceder al campo de los valores comunitarios, es decir, para crear formas de vida que se puedan compartir. Como señaló Antonio Machado, en la soledad se ven cosas muy claras que no son verdad. La racionalidad individual puede justi-

ficar perfectamente el egoísmo más desmesurado. Ya decía el perspicaz Hume que era absolutamente racional que me importara más el dolor de una muela que el bienestar de la humanidad. Es verdad que algunas personalidades descomunales –como Moisés, Buda, Jesús de Nazaret o Mahoma– han provocado verdaderos terremotos culturales, pero ha sido gracias a su capacidad para cambiar el modo de pensar de grandes comunidades, que con minuciosidad de tejedores constantes ampliaron, enriquecieron o malversaron su huella. Así pues, a pesar de estas excepciones magníficas, podemos decir que las normas justas proceden de la racionalidad social, mancomunada, compartida, que autocorrije los egoísmos, que busca evidencias comunes, que amplía las imágenes privadas del mundo, y corrobora sus logros por la experiencia. Y que es de la irracionalidad social de donde proceden los movimientos destructivos, porque, prolongando la afirmación de Machado, «también en comunidad puedo ver cosas muy claras que no son verdad». Puede haber unanimidades perversas.

A esta digresión biográfica añadiré otra bibliográfica. Friedrich Hayek, un filósofo que ganó el Premio Nobel de Economía, sostuvo, en la línea de Mandeville y Adam Smith, que la razón compartida, en su evolución espontánea, es más poderosa que la razón individual. Era demasiado confiado y no se le ocurrió pensar que también podía ser más destructiva.<sup>13</sup> Otro filósofo, Daniel Dennett, señala que no se puede confiar en una «racionalidad del grupo», añadiendo algo muy interesante para mi planteamiento: «La racionalidad del grupo, o cooperación, ha de ser alcanzada, y ésta es una gran tarea de diseño.»<sup>14</sup> O, para ser más exactos, de educación. Ortega, que también hablaba de la evolución espontánea de la sociedad, como Hayek, creía sin embargo que esa función educativa debía

ser llevada a cabo por una minoría y que «la acción recíproca entre masa y minoría selecta es, a mi juicio, el hecho básico de toda sociedad y el agente de su evolución hacia el bien como hacia el mal». <sup>15</sup> Para él, la masificación era la gran amenaza.

La inteligencia social de la que dependemos todos depende a su vez de dos factores: la calidad de las personas que intervienen y la calidad de las interacciones que se dan entre ellas. Un ejemplo nos lo hará ver con claridad. La democracia es un sistema para institucionalizar la inteligencia social, el mejor que se nos ha ocurrido hasta ahora, pero cuya eficacia depende de las virtudes cívicas de los participantes y del modo en que las ejerzan. Una ciudadanía dividida por el odio —da igual el que sea: de clase, raza, religión, cultura—, incapaz de encontrar un lenguaje común con el que hablar sobre las diferencias o una ciudadanía desidiosa o dogmática que se niega a analizar críticamente los sucesos, puede deteriorar tanto un sistema democrático que acabe por aniquilarlo. (Al revisar el libro antes de enviarlo a la imprenta, compruebo que ésta es una de las historias que hemos contado: el odio social como culminación de la estupidez.)

La inteligencia social —al igual que la inteligencia individual— triunfa o fracasa. Vivimos por ello en permanente situación de riesgo. Descubrir los mecanismos de esos fracasos y la manera de evitarlos me parece la más urgente tarea del pensamiento político, filosófico y ético. La única que se puede hacer después de Auschwitz, Camboya, Vietnam, Ruanda, la ex Yugoslavia, y otras monstruosidades históricas. O de la guerra civil española y sus secuelas, sin ir más lejos. Ya no estoy hablando de ciencia. Estoy hablando de supervivencia, porque cada vez que la inteligencia social fracasa, aparece el horror. De repente, una

sociedad puede sufrir un colapso ético, y sus sistemas de convivencia se desploman. La historia nos proporciona frecuentes y terribles ejemplos. Éste es el asunto que estudio con creciente inquietud, y con la megalómana pretensión de encontrar un antídoto. Pero, antes de atreverme a hacer una teoría sobre un tema tan complejo, me parece imprescindible estudiar diferentes casos reales, y a eso he dedicado mis últimos libros.<sup>16</sup> Compruebo una y otra vez que hay un progreso ético de la humanidad, pero que es angustiosamente precario. Las ideas justas se van imponiendo, a pesar de los obstáculos y los intereses opuestos, como si la teleología de la inteligencia social acabara, tras múltiples rodeos, por someterse a la *satyagraha*, al poder de la verdad y de la bondad, según decía Gandhi. Pero nada nos garantiza que eso vaya a suceder siempre. ¿Qué ocurriría si la inteligencia social se encanallase definitivamente, si perdiera su sensibilidad moral, su espíritu de progreso y de compasión? Mi interés por la educación deriva de esta interrogante. Es absolutamente necesario proteger la inteligencia social, tan vulnerable, tan voluble, tan definitiva. Por eso, ya no pido a mis lectores que piensen sólo, les pido que actúen.

Tenemos que aprender de la historia. Hay muchos casos de progreso ético, desde la abolición de la esclavitud, al establecimiento de sistemas democráticos, que son el nervio de nuestra esperanza. El libro de primeros auxilios donde deberíamos buscar la salvación. Entre ellos destaca por su claridad el reconocimiento de la igualdad jurídica, política, social y económica de la mujer. Ha sido una revolución cultural que se ha impuesto pacíficamente, y eso la hace especialmente interesante para mi propósito. Tras estudiarla como un extendido fenómeno histórico —aunque, por desgracia, no universal—, se me ocurrió hacer un

zoom sobre el caso español, que tiene características muy peculiares: se inició con un gran retraso, experimentó un avance rápido –durante la República–, un retroceso –en la época franquista–, y un progreso, espero que definitivo, al llegar la democracia.<sup>17</sup> Al engolfarme en esta investigación, volví a acordarme de las mujeres del Lyceum. En ocasiones, y ésa fue una de ellas, parece que se da una rara conjunción de personalidades y de talentos que aceleran la historia. Por lo que sé, alrededor de los años veinte alcanzó su madurez la generación tal vez más brillante de mujeres españolas de toda la historia. Tenía razón María Teresa León: ellas aceleraron la hora de España. Y lo pagaron.

A su triste sino hemos añadido la injusticia de la amnesia. Las hemos olvidado antes de conocerlas del todo. Es terrible la frecuencia con que ignoramos hasta el nombre de las personas que hicieron reales los sueños que vivimos ahora. Sembraron en el viento de la historia, y el viento se las llevó.

Sus semillas germinaron en el vendaval, pero dejándonos con el alma en vilo por no saber si alguna vez conseguirían el reposo necesario para enraizar. Pero, si mi hipótesis es acertada, todo lo valioso será recuperado si la inteligencia social encuentra de nuevo su camino. El conocimiento de la historia se parece por ello a la tarea de los botánicos que buscan semillas de especies desaparecidas para hacerlas brotar de nuevo. Nietzsche, en un momento de gran lucidez, dijo que cada cual debía elegir su genealogía, es decir, qué vida del pasado va a continuar.

Recuperar la memoria es una doble muestra de inteligencia y justicia –que en el fondo son la misma cosa–. En el periodo a que me refiero, las mujeres se esforzaron en hacerse social y políticamente visibles. Fueron años de exaltación y esperanzas, en que se comenzó a desmontar la

«mitología femenina» acuñada por el sistema patriarcal apuntalado por el sistema religioso. Era una mitología contradictoria en apariencia, que glorificaba y a la vez despreciaba a la mujer. Se trataba, por supuesto, de una glorificación envenenada, de un elogio mortal, porque defendía que la mujer era intelectualmente inferior al hombre, pero espiritualmente superior por la maternidad y por su función educativa, y que esto era lo importante. Ambas cosas, su miseria y su grandeza, su minusvalía y su plusvalía, la recluían en el hogar, donde debía estar bajo la tutela del padre, de los hermanos o del marido, a salvo de la podredumbre del mundo. En 1921, Carmen de Burgos, «Colombine», una tenaz agitadora social, escribió una novelita titulada *El artículo 438*.<sup>18</sup> Colombine fue una de las primeras feministas españolas y la primera corresponsal de guerra, amante durante veinte años de Ramón Gómez de la Serna, que la describía así:

Carmen es bella, con la recia y apretada belleza que se sostiene en la madurez. Es recia y alta, muy alta, y eso salva y acaba de hacer indiscutible su figura. Ella se emboza en su altura y eso hace que le caigan bien todas las proporciones. Su opulencia está tan llena de espíritu y de buena voluntad cotidiana, que eso la aligera.<sup>19</sup>

Esta historia de amor terminó mal, porque Ramón acabó teniendo relaciones amorosas con la hija de su amante, al parecer casi tan breves como una greguería, pero lo suficientemente largas como para decepcionar a Colombine. Volviendo a la novela, el artículo 438 del Código Penal de 1870, que daba pie a un drama de injusticias y costumbres, decía así:

El marido que sorprendiendo en adulterio a su mujer matase en el acto a ésta o al adúltero o les causara alguna de las lesiones graves, será castigado con destierro. Si les causara daños de segunda clase, quedará libre de pena.

El destierro era a una distancia mínima de veinticinco kilómetros y durante un periodo que podía variar de seis meses y un día a seis años. En cambio, los crímenes pasionales que producían la muerte del marido se consideraban parricidio y estaban penados con cadena perpetua. La mujer podía ir a la cárcel si cometía adulterio, pero la infidelidad de un marido no era adulterio, a no ser que llevara a su concubina al hogar conyugal o produjera escándalo público. El artículo 438 desapareció de la legislación tras la aprobación del Código Penal de 1932, aunque al finalizar la guerra civil, cuando se derogó el Código republicano y se volvió al Código de 1870, se recuperó el «uxoricidio por honor». La discriminación legal era tremenda. La mujer podía ir a la cárcel si desobedecía o insultaba de palabra a su esposo. Éste es el ambiente jurídico en que se fraguaron los movimientos feministas. El Código Civil de 1889 colocaba a la mujer casada en una situación insostenible, denunciada en la *Cartas a las mujeres de España* de Gregorio Martínez Sierra: «Las leyes reconocen que la mujer es igual al hombre cuando se trata de deberes y castigos. Cuando se trata de derechos, no. Una mujer, si roba, va a la cárcel; si mata, al patíbulo; si posee una propiedad o abre una tienda, paga contribución; pero si está casada, el marido administra su propiedad, decide el lugar de residencia, ejerce con autoridad indiscutida la Patria Potestad, es decir, el dominio sobre los hijos. Esto sería lógico si, en el caso de que la mujer cometiese un crimen, el marido fuese a la horca por ella, ¿no les parece a ustedes?»<sup>20</sup>

Todos los movimientos sociales responden a una necesidad sentida por mucha gente, pero esta necesidad común resulta estéril si no cristaliza en alguna forma de organización que unifique energías dispersas. En el caso del movimiento por la igualdad de la mujer, esa función la cumplieron en España muchas organizaciones de distintas procedencias ideológicas.<sup>21</sup> Todas tenían que luchar contra prejuicios de añejas y resistentes raíces. Ya se sabe que el prejuicio es el error que se convierte en costumbre. La historia de la misoginia está nutrida de disparates. En 1786, la muy ilustrada y progresista Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País había organizado un debate sobre la conveniencia de que las mujeres estuviesen presentes en las instituciones públicas. Cabarrús expuso una opinión muy extendida, aún vigente en la época que estoy contando: «Las mujeres no pueden ejercer ninguna influencia sobre el gobierno, sino sobre el carácter y las costumbres de una nación. No deben tomar parte en la administración pública. Sólo de un modo indirecto pueden influir sobre los gobiernos. Ellas forman, para la patria, ciudadanos virtuosos. La naturaleza ha distribuido los papeles con sabiduría e igualdad. Dejados a nosotros las inquietudes y las fatigas del exterior; reinad dulcemente en el interior de los hogares.»<sup>22</sup> Siglo y medio después, hay un nuevo debate sobre la condición intelectual de la mujer. Un médico respetado, Novoa Santos, reconocía que hay mujeres excepcionales por su inteligencia, pero que representan «algo monstruoso, poseedor de caracteres secundarios de tipo masculino».<sup>23</sup> Las cosas, en vez de mejorar, habían ido a peor.

Las actitudes misóginas han tenido una larga historia en todo el mundo. En 1900, el *New York Medical Journal* afirmaba que las mujeres universitarias y las que ostentaban

algún cargo político estaban «poseídas por ideas masculinas de independencia, eran antisociales, pervertidas sexuales y, consecuentemente, unas degeneradas». En 1903, se publicó en España la traducción del libro del neuropatólogo de Leipzig Paul Julius Moebius titulado *La inferioridad mental de la mujer*. Por razones que no acierto a comprender, fue traducido al castellano por Colombine, una de las primeras feministas de nuestro país.<sup>24</sup>

Entre todos los movimientos feministas, las conspiradoras del Lyceum resultan un grupo muy atractivo, formado por mujeres brillantes y rompedoras que, además, vivieron una especie de parábola histórica. Procedentes de ambientes ideológicos muy diversos, se reunieron durante años en un ambiente de concordia que se mantiene a pesar de que la sociedad española se enfrenta, y acaban dispersándose con la llegada de la guerra. Creen que la educación y la cultura pueden resolver los conflictos sociales. Son historias que se unen y se separan. Hilos vitales de procedencia dispersa que se cruzan para tejer un efímero tapiz y se vuelven a separar impulsados por las circunstancias. ¿Quiénes eran, de dónde venían, por qué se unieron, por qué se separaron, qué fue de ellas? Tal vez con los resultados de este estudio valiera la pena escribir un libro que recuperara nombres injustamente olvidados. Como he dicho muchas veces, la mejor manera de enterarse de un asunto no es leer un libro, sino escribirlo.

Tenía una noticia más del Lyceum: la divertida anécdota que Rafael Alberti cuenta en *La arboleda perdida*. La junta directiva del club le invitó a dar una conferencia en el mismo. El día anunciado, el poeta se presentó en el salón con una paloma enjaulada en la mano, un galápago en la otra, y vestido con una levita inmensa, desproporcionada, pantalón de fuelle, cuello ancho de pajarita y un pe-

queñísimo sombrero hongo en la punta de la cabeza. La conferencia fue al principio una muestra de humor absurdo. Recitó un poema titulado «La estulticia», en la vena ríspida cultivada a ratos por el poeta, y que sin duda no era digno de figurar en las *Mil mejores poesías* de ninguna lengua:

Yo digo: ¡Viva la estulticia!  
Yo, en mi anhelo de conocer  
hombres y libros, llegué a ver  
que el saber todo lo desquicia.  
Ni aun hallaréis vuestra leticia  
en el amor de la mujer,  
cenizas hoy, brasas ayer.  
Yo digo: ¡Viva la estulticia!

Los asistentes se rieron, pero Alberti, tal vez animado por las risas, se dedicó a criticar a conocidos escritores —Ramón Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez, Ortega, D'Ors, Martínez Sierra, Valle-Inclán—, lo que produjo la indignación de muchas de las espectadoras (entre las que se encontraban las mujeres de algunos de los mencionados), y el aplauso de algunas vanguardistas, como Ernestina de Champourcin, Concha Méndez —amante sufridora de Luis Buñuel— y Maruja Mallo.<sup>25</sup>

En resumen: el olvidado Lyceum continúa pareciéndome un interesante caso para investigar, por su densidad histórica, por sus fines, por la cantidad de personajes conocidos que tuvieron relación con él y relación entre ellos, porque casi todo el mundo de la intelectualidad del momento pasó por allí, por su diversidad, por su delimitación en el tiempo, y también, y no en último lugar, por cómo Carmen Martín Gaité me había hablado de él. Funcionó

durante diez años cruciales en la historia de España: desde 1926 a 1936. Es decir, conoció el momento triunfante de la dictadura de Primo de Rivera, su fracaso, el advenimiento de la República, sus avatares y el comienzo de la guerra civil. Razones suficientes para despertar mi interés histórico, social y narrativo. Además, puede servirme de ejemplo para el estudio de los mecanismos de la inteligencia social y de cómo resolvió un problema concreto: la situación de la mujer española. Mi único problema es que sé muy poco sobre esas mujeres. Por eso, llamo a María Teresa, una de las colaboradoras de la agencia y le hago un encargo: «Tenemos que averiguar todo lo que podamos sobre esa conspiración de lectoras.» No le doy más explicaciones, porque no me gusta que mis ayudantes se apresten a encontrar lo que me gustaría que encontrasen. Mi viejo amigo Freud me previno contra ello: «Las personas», dijo, «están tan deseosas de complacer, que mis pacientes tienen sueños freudianos, y los pacientes de Jung, sueños jungnianos.» La maquinaria investigadora se pone en marcha sin tener un rumbo claro, y los resultados han sido todavía más interesantes de lo que esperaba.

## II. PRIMER INFORME DE MARÍA TERESA

MARÍA TERESA RODRÍGUEZ DE CASTRO: En Merme-  
lada & White nunca sabemos lo que vamos a investigar.  
Los casos se presentan de improviso, según los clientes o el  
arbitrio del jefe lo determinan. Lo mismo sucedía a los  
clásicos de la agencia, los detectives a los que debemos  
imitar. En esta ocasión tenía que averiguar lo que se traía  
entre manos un grupo de mujeres cuyas reuniones en la  
Casa de las Siete Chimeneas causaron al parecer un enor-  
me revuelo en el Madrid de la década de los veinte del pa-  
sado siglo. La verdad es que no sabía por dónde empezar,  
así que, siguiendo el ejemplo de Maigret, me dediqué a  
pasear por el escenario del caso, es decir, por la escasa y  
dispersa bibliografía con que contaba. El jefe suele repetir  
—y creo que lo dice en serio— que nuestro cerebro es más  
inteligente que nosotros, y que lo único que debemos ha-  
cer es mantenerlo activo, proporcionarle muchísima infor-  
mación, y dejarlo trabajar en paz. Él —el cerebro, no el  
jefe— se encargará de seleccionar y relacionar las cosas con  
una pericia desconcertante, y acabará proponiéndonos ocu-  
rrencias adecuadas. Lo dice con tanta convicción que nos  
ha convencido.

Comencé recogiendo información sobre los orígenes del Lyceum Club Femenino de Madrid.<sup>26</sup> La Asamblea Constituyente se celebró en abril de 1926, en la Sala de Juntas del número 8 de la calle Miguel Ángel, en Madrid, uno de los locales de la Residencia de Señoritas, que dirigía María de Maeztu. Ciento quince socias, que en adelante se conocerán como «las fundadoras», aprobaron los estatutos del club, copiando literalmente los del primer Lyceum que se creó, el de Londres, cuya fundación, en el año 1904, ha sido narrada por Constance Smedley-Armfield en su libro *Crusaders: The Reminiscences of Constance Smedley*. Este primer Lyceum fue presidido por Lady Frances Balfour, hija del duque y la duquesa de Argyll, y cuñada del primer ministro británico Arthur Balfour, mujer de ideas sufragistas y estupenda oradora, que desempeñaría su puesto durante quince años.<sup>27</sup> El club, inaugurado en 1904, tendría su sede en el número 128 de Piccadilly. Pronto aparecieron otros Lyceums por toda Europa: Berlín, París, Bruselas, Roma, Ámsterdam... y Madrid. Como dice uno de los autores que los ha estudiado, fueron entre otras cosas un «grupo de presión» para mejorar la situación jurídica de la mujer.<sup>28</sup>

En 1926, España vivía la dictadura de Primo de Rivera, un periodo de estabilidad y prosperidad engañosas porque estaban fuera de la ley, y esto hace precario cualquier logro. El Rey había aceptado suspender la Constitución y entregado el poder a un general populista, al que consideraba su Mussolini particular. Este anómalo gobierno duró seis años, cosa que resultaba insólita en la taquicárdica vida política española. Los muy viejos mencionaban lo que en su tiempo se llamó el «Parlamento largo», aquellas Cortes de 1886, que duraron, con un gobierno de don Práxedes Mateo Sagasta, hasta 1890, es de-

cir, cuatro años. Primo de Rivera terminó la guerra de África, una estupidez derivada de un delirio de grandeza, y estaba consiguiendo mejorar la situación económica gracias a buenos técnicos como José Calvo Sotelo, ministro de Hacienda, y el conde de Guadalhorce, ministro de Fomento. (Me dice JAM que Carmen Martín Gaité escribió por encargo una biografía de este personaje, que le fascinó. De repente he sentido que el mundo es un pañuelo.) No soy historiadora, pero me atrevo a decir que Primo de Rivera era un ingenioso metido a político: escribía innumerables notas en los periódicos sobre los asuntos más inverosímiles —como explicar que no había roto con su novia o que no mantenía ninguna relación amorosa con una famosa cantante—, y lo hacía con cierta gracia. Llamó a Valle-Inclán «eximio escritor y extravagante ciudadano», expresión sin duda excelente, propuso a los españoles un plan dietético, y explicaba nuestra situación política en Marruecos con una lógica de mesa camilla. España era como un viudo que hubiera perdido a una mujer rica y bella (Cuba) y se hubiera casado con otra pobre e inaguantable (Marruecos) y, además, este segundo matrimonio le hubiera sido impuesto por los amantes de esta última (Francia e Inglaterra).<sup>29</sup> Lo cierto es que gobernaba a golpe de ocurrencias y una de ellas fue conceder el voto a la mujer, con dos excepciones: no podían votar las mujeres casadas ni las dueñas o pupilas de casas de mal vivir (Decreto de 12 de abril de 1924). La razón que dio para no conceder el voto a las mujeres casadas fue que quería evitar que en el matrimonio surgiesen disputas entre los esposos por causa de la política. Nunca se llegaron a celebrar elecciones en que pudieran participar las mujeres, pero el dictador eligió a trece, de todos los sectores ideológicos, para pertenecer a la Asam-

blea Nacional, abierta el 11 de octubre de 1927 con carácter consultivo. Entre ellas, María de Maeztu.

La historia del Lyceum se concentra en Madrid, una ciudad pequeña donde, como dice Nourry, «todo el mundo se conocía, es decir, se adoraba o se detestaba».<sup>30</sup> Es la época de la Residencia de Estudiantes, del café como lugar de encuentro, como sede de la tertulia. Ortega y Gasset había empezado a editar en 1924 la *Revista de Occidente*, para europeizarnos un poco. Unos meses después de su Asamblea Constituyente, el 4 de abril de 1926, el Lyceum Club Femenino comenzó a funcionar en la calle de las Infantas número 31, en el edificio conocido como «la Casa de las Siete Chimeneas», que tenía leyenda propia y todo.<sup>31</sup> He encontrado un artículo en *La Esfera*, escrito por el periodista Julio Romano, sobre la inauguración del club. Le sirve de guía la escritora *Beatriz Galindo* (el seudónimo adoptado por Isabel Oyarzábal en algunos artículos, como homenaje a «La Latina», preceptora de Isabel la Católica): «Como leerá usted en los Estatutos de la Asociación, ésta es ajena a toda tendencia política o religiosa», arguye la ilustre cronista. «Hace tiempo que queríamos tener una casa donde poder reunirnos y traer a nuestras amigas, señoras extranjeras. Esto, que parecerá una novedad inquietante en España, es una cosa vieja en Europa.» El periodista le pregunta por los fines del club: «Aparte de tener nuestra casita, trataremos de fomentar en la mujer el espíritu colectivo.»<sup>32</sup>

Como estudiosa de los movimientos sociales, esta mención al «espíritu colectivo» es lo único que me ha interesado hasta el momento de toda esta historia. El periodista pregunta por sus fuentes de financiación. «Hace ya bastantes meses que las socias fundadoras venimos pagando una cuo-

ta. En una función de las que organizó El Mirlo Blanco, Carmen Baroja, que ha trabajado y trabaja con grandísimo entusiasmo por esta idea, dijo: “Tenemos que reunir dinero para el club. Vamos a poner el precio de la butaca a cuatro duros.” Y en una sola función recaudamos 4.000 pesetas.»<sup>33</sup>

Me ha hecho gracia que la intendencia del club la resolviera El Mirlo Blanco, que era un teatro de cámara experimental organizado por los Baroja. Ricardo Baroja había tenido la idea de representar en su casa alguna comedia, y esa idea fue acogida por los contertulios de los Baroja con entusiasmo: Valle-Inclán, Azorín, Enrique de Mesa, Manuel Azaña, Cipriano de Rivas Cherif, los Zubiaurre, Corpus Barga, Anselmo Miguel Nieto, Enrique Díez-Canedo... Todos se prestaron a colaborar. Los ensayos y las funciones de El Mirlo Blanco se hacían en el salón de los Baroja-Monné. Una de las primeras representaciones fue el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla, con Valle-Inclán y sus barbas de chivo haciendo de doña Brígida. Todo muy familiar y provinciano.

Carmen Baroja, una de las fundadoras del club, servía de puente con estos conocidos personajes. Nos ha dejado en su delicioso libro *Memorias de una mujer de la generación del 98* una perspicaz descripción del sentimiento de amargura que sentían muchas mujeres inteligentes y marginadas.

Al principio del *Pickwick* de Dickens, hay un episodio con un cochero. El señor Pickwick sale de su casa para reunirse con sus amigos en cierta estación y toma un coche. El filósofo hace preguntas al cochero sobre el caballo que les lleva:

–Si le soltara del coche –dice el cochero– se caería al suelo, pero las ruedas le hacen andar.

Siempre me he comparado al caballo viejo de Pickwick.<sup>34</sup>

¿Qué hacer cuándo alguien se siente así? ¿Cuando no deja de pensar que sus horas transcurren sin nada en que ocuparse, sin ningún sentido, y que nada puede hacer al respecto, porque sus obligaciones se encuentran perfectamente delimitadas, sin ninguna alternativa factible? Carmen habla del aburrimiento que la tiraniza y asfixia hasta extremos insoportables:

Este aburrimiento mío me ha seguido durante casi toda la vida; y ahora que espero tan poco es cuando me ha abandonado! Tenía de joven la obsesión de mi inutilidad y de que el tiempo pasaba sin hacer yo nada de provecho —no sé qué es lo que consideraba de provecho—. Me forjaba historias y escenas en donde era la protagonista, que variaban de lugar y de argumento, y los mejores ratos los pasaba fuera de la realidad, que veía estúpida, triste y monótona. A veces, me quejaba, y mi hermano Pío y mi madre me afeaban mi manera de ser descontentadiza. Yo hacía esfuerzos inauditos por vencerme de que tenían razón y a veces lo conseguía, pero al poco tiempo otra vez venían el aburrimiento y el tedio a agarrarme. Empezaba labores, repujados, costuras y lecturas, que hacía de prisa. Todo lo que yo he trabajado, feo o bonito, ha sido para vencer ese descontento y esa tristeza.<sup>35</sup>

Las informaciones del club con las que iba topando no me interesaron gran cosa, de manera que seguí investigando exclusivamente por seguir las órdenes de JAM. Me pareció que se trataba de una especie de casino de señoras

aburridas y desocupadas, aquejadas del *spleen* de una clase acomodada. Incluso el parecido con los clubs ingleses me parecía elitista y anticuado. Un artículo de la periodista Josefina Carabias –una estupenda periodista, gran cronista de la sociedad española– justificaba esa opinión:

El club de señoras también se ha quedado casi desierto durante el verano. Apenas se veían por los rincones del salón en penumbra algunas literatas enfrascadas en la lectura, quienes de cuando en cuando cerraban el libro para bostezar. Por las tardes, las pizpiretas camareras del salón de té permanecían mano sobre mano. La sala de conferencias y fiestas, refugio durante el invierno de lo más fino de la intelectualidad madrileña, aquella sala por cuyo estrado pasaban los poetas, los novelistas y los viajeros ilustres que llegaban a Madrid, también tenía derecho a descansar, y ha descansado. Pero en esta tarde de otoño ha vuelto a animarse el club de las señoras. El salón ha encendido todas sus lámparas, y la concurrencia parece haber abandonado el distinguido medio tono en el que habitualmente transcurren las conversaciones del club.

Nuestra amiga la señora de R. va de un lado a otro y se siente feliz al encontrarse de nuevo en su ambiente. También ella ha estado dos meses fuera de Madrid, y tan pronto como ha llegado y ha dado las órdenes precisas para que su casa comience a funcionar de nuevo con normalidad, ha tomado un taxi para trasladarse al club. Porque a nuestra amiga la señora de R. quitarla su ratito de charla en el club todos los días es matarla. Desde que se casó esta señora, hará de esto diez o doce años, arrasaba una vida lánguida. Su marido, un hombre de negocios que no la comprendía, la dejaba aburrirse en

casa. Menos mal que al principio ella se entretenía con los niños... Pero los niños crecieron, y hubo que llevarlos al colegio. El día era interminable para la señora de R., poco aficionada a los paseos ni a las diversiones. La pobre cada día se aburría más, y ya había llegado a ese momento terrible en que las mujeres optan entre estas dos soluciones: solución A, hacerse beatas. Solución B, echarse un amante...

Afortunadamente, una amigueta de sus tiempos de soltera, a quien ella contó sus penas, la libró del dilema terrible, brindándole esta tercera solución:

—¿Por qué no te haces del Lyceum?

De este modo, la señora de R. encontró que su verdadero camino era el intelectualismo. Y se hizo intelectual en poco más de tres meses. En el club hizo amistad con las señoras de los más destacados escritores, poetas, artistas y políticos. Cada día, al volver a casa, encontraba a su esposo más vulgar y aburrido, al comparar con los brillantes maridos de sus amigas del club. Pero, en cambio, rebosaba de satisfacción al encontrarse familiarizada con Eremburg (*sic*), con Morand y con Bernard Shaw.

Este verano lo ha pasado la señora de R. en una playa del Norte, con sus niños, y ha sido feliz pudiendo mostrar a sus compañeras de veraneo, mujeres también de maridos oscuros, las cartas de las esposas de los literatos de Madrid y los libros de autores extranjeros.

Y en esta tarde de otoño, la señora de R. es más feliz todavía. El club está más animado que nunca, y ella se entrega con todo el entusiasmo de su corazón a este mundillo, mitad literario, mitad elegante, que la ha salvado de hacerse beata o de engañar a su esposo.<sup>36</sup>

Josefina Carabias describe un club femenino aparentemente inofensivo y poco interesante, y el material que yo iba recopilando parecía corroborarlo. En el libro *La Venus mecánica* del escritor vanguardista José Díaz Fernández, encontramos una descripción de un club femenino sospechosamente parecido al que investigamos, descripción muy crítica y que parece apoyar la tesis de que el Lyceum no era más que un club frívolo de mujeres aburridas y carentes de interés: «En el club femenino, el hombre sólo tenía acceso a la sala de té. Las asociadas se esforzaban en demostrar que el otro sexo no les era necesario y que preferían el trato entre sí para gastar alegremente las horas de ocio. Pero como casi todas eran esposas, madres o hijas de intelectuales, en realidad lo que llevaban allí eran las opiniones de sus maridos, de sus padres o de sus hijos, expuestas aún con más encono y con más agresividad. La independencia de aquellas señoras consistía en fumar egipcios e inventarse fiestas artísticas para que acudiesen personas del otro sexo.»<sup>37</sup>

No comprendía por qué esta historia interesaba tanto a JAM. Conozco su pasión sistemática y su afán de utilizar cualquier historia para alguna argumentación filosófica, pero esto sólo daba para una vetusta crónica de sociedad. Esto, es verdad, no significa nada, porque el jefe considera que las revistas del corazón o los programas cutrelux de la tele son una fuente imprescindible para la investigación sociológica, y nos hace verlos. Pero, cuando estaba en ese momento de frustración intelectual, descubrí en la Hemeroteca Municipal de Madrid unos artículos publicados en la revista vanguardista *La Gaceta Literaria*. En palabras del fundador de la revista y autor de los artículos, Ernesto Giménez Caballero, «*La Gaceta* fue la precursora del Vanguardismo en la Literatura, el Arte y la

Política. Una revista que por dos años resultó unitiva y desde 1930 divergente, pues la juventud se fue politizando. Y de *La Gaceta* saldrían los inspiradores del comunismo y del fascismo en España». <sup>38</sup> Entre sus colaboradores estuvieron Guillermo de Torre, Alberti, Lorca, Bergamín, Enrique Lafuente, Altolaguirre, Max Aub, Corpus Barga, Gabriela Mistral... «Yo los recibía muchas veces con mi mono de trabajo, pues como tipógrafo componía *La Gaceta*. Pero era un mono u overol o tutta de vanguardia en paño azul eléctrico o gris humo con cremalleras argenteadas.» <sup>39</sup> La revista se publicó de 1927 a 1932, y su programa era triple: ibérico, americano e internacional. «Su criatura», escribió Giménez Caballero, «fue llamada “generación del 27”». <sup>40</sup>

El comentario me interesó. La cultura unía, la política separaba. Al menos, Giménez Caballero era un personaje curioso. El que fuera bautizado como «el D’Annunzio español» fue un vanguardista adelantado, antes de convertirse en uno de los fundadores ideológicos del falangismo. Su *Carta a un compañero de la joven España* le convirtió en un precursor del fascismo español. En 1928 fundó el primer cine club de España, donde se estrenó *Un perro andaluz*, de Buñuel y Dalí. Rodó *Esencia de verbena*, donde aparece Ramón Gómez de la Serna haciendo de muñeco de pimpampum y de torero. En plena guerra mundial protagonizó uno de los episodios más surrealistas de la política europea, recogido en sus *Memorias de un dictador*. Durante una cena en el año 1941 con Goebbels y su mujer, Magda, decide proponer un increíble enlace matrimonial para Hitler: «Guardó [Goebbels] un breve silencio que yo acogí para encarecer la urgente reanudación de la stirpe hispano-austriaca, que traería el armisticio a Europa, con un enlace tradicional y revolucionario. “Y ¿cuál se-

ría la candidata a emperatriz?” “Sólo podría ser una. En la línea de princesas hispanas como Ingunda y Brunegilda y Gelesvinta y Eugenia... Sólo una, por su limpieza de sangre, por su profunda fe católica, y, sobre todo, porque arrastraría a todas las juventudes españolas: ¡la hermana de José Antonio Primo de Rivera!”<sup>41</sup> La solución al conflicto bélico pasaría, según él, por el matrimonio de Hitler con Pilar Primo de Rivera.

El relato que nos interesa analizar, por su relación con el club que estamos investigando, se titula «Las mujeres de Cogul»,<sup>42</sup> y fue publicado por Giménez Caballero en *La Gaceta Literaria* en varias entregas. El autor esconde, bajo el disfraz de un inofensivo folletín publicado semanalmente, un mensaje críptico —un *roman à clef*— que busca dejar al descubierto un plan de ramificaciones internacionales. Intuyo que este extraño relato, que resumo a continuación, nos pondrá sobre la pista de las maquinaciones de las mujeres que se reunían en el Lyceum Club Femenino de Madrid: los puntos fundamentales de la conspiración que me han encargado desvelar se encuentran en esas páginas, para el que sepa leer entre líneas. Yo he creído leer algo entre ellas.

Al protagonista de nuestra historia, Robinson, que habita tranquilo y solitario en una isla, se le presenta un día una dama francesa cuya galera había naufragado. Viajaba con su marido, un barón rico y banquero de París, que murió en el naufragio. Regresaban a su ciudad de un «circundeó oceánico por tierras vírgenes y salvajes» cuando se desencadenó la tragedia. Y ella decide relatar a Robinson lo que ha conocido en sus viajes, especialmente lo que observó en una extraña tierra, una curiosa península que sus indígenas llaman de Cogul. Y en concreto lo que va a comentarle tiene que ver con los usos y costumbres

de sus mujeres. Me ha sorprendido el nombre de Cogul, y supongo que el autor debió de escogerlo porque en las cuevas prehistóricas de ese pueblo catalán hay una representación pictórica de un grupo de mujeres alrededor de un símbolo fálico.<sup>43</sup>

La náufraga relata la situación en que vivían, un patriarcado que ellos creían idílico, donde el hombre de Cogul, guerrero y emprendedor, se veía obligado a ausentarse durante largos periodos para combatir. Entonces, con el fin de evitar que les robasen a sus mujeres, inventan dos estratagemas: la primera consistiría en la instauración de una clase social intermedia que vigilase sus pertenencias, la «sacerdotal», que se dedicaría a entretener a las mujeres espiritualmente; y la segunda daría lugar a un convenio mancomunado muy riguroso, al que llamarían «honra», que regularía las relaciones entre los cogulenses y sus mujeres. El sistema no era perfecto, y dio lugar a dos desviaciones insospechadas, el «Don Juan» y el «San José», ambos peligrosos por distintas razones: el primero se transformó en un deporte audaz de cogulenses célibes, que ansiaban poseer lo dificultado; y el segundo consistía en el culto al hombre santificado y comprensivo que acoge al hijo no suyo. Aun así, «en ese sistema y dicha vivieron años y años». Pero un día de primavera apareció en Cogul una náufraga procedente de unas lejanas islas, las Casitéridas, y de entre éstas de la isla de Kent. Y todo empieza a cambiar. Estuvo un tiempo en reclusión preventiva, pues nadie sabía si era peligrosa, tiempo que aprovechó leyendo libros que sólo leían los sacerdotes y juristas de Cogul, por lo que consideraron que era pacífica. Pero decidió contar al resto de las mujeres de la isla, que se le acercaban con curiosidad, lo que leía. Al poco tiempo, sin que conozcamos la razón, empieza a ser bien recibida en las casas de algunas de ellas

(evidentemente, algo contenían esos libros que les llevó a decidirse a iniciar contactos con cierta frecuencia. Libros que sólo leían los sacerdotes y los juristas de Cogul... ¿Qué libros serían?).

Las mujeres de Cogul solicitaron la fundación de «una especie de locutorio presidido por la náufraga de Kent». Aseguraba la narradora que las cogulenses «tenían un plan y debían desarrollarlo tácticamente». (¿Un plan? ¿Cómo lo ejecutarían? ¿Lo llevaron a buen término?) El club y el nombre escogido, según parece, obedecían a una «consigna internacional» (¿qué ramificaciones tendría, y en qué países?). Las socias fundadoras debían atraer a «nuevas prosélitas», y lograr entre todas un «fondo común». Las cogulenses, «disfrazadas mansamente de ovejas sumisas», lograron «arrastrar a los primeros hombres», y esto lo consiguieron «tocándoles la vanidad». Organizaron «diversos actos de irradiación exterior», que fueron tan numerosos y exitosos que hubo que habilitar nuevos locales, e incluso se intentaron «posibles expansiones» en otras provincias.<sup>44</sup> Se intentó combatir al club desde dentro, introduciendo «clubistas bien amaestradas», pero esos intentos fracasaron (el contraespionaje no siempre da sus frutos, está claro).

Las mujeres llegaron a obtener resultados prácticos: «fueron minando poco a poco las viejas organizaciones femeninas del país» (habrá que averiguar cuáles eran, y en qué medida se vieron afectadas por sus planes), y «canalizaron su fuerza y la pusieron al servicio de la revolución pequeñoburguesa que estalló en Cogul». Sin embargo, los «tradicionales presto presentaron batalla con una institución muy curiosa...».

Y ahí se interrumpe el relato. Al menos no queda constancia en los archivos de la hemeroteca de que continuasen los capítulos. Nos quedamos con muchas interro-

gantes y pocas respuestas, que trataremos de conseguir. De esa institución que inventaron para frenarlas no tenemos noticia alguna, ni una pequeña indicación que me aclare por dónde comenzar a investigar. Lo más extraño es la forma en que se interrumpe el relato, precisamente cuando nos iba a contar la labor de la institución que trató de entorpecer su avance.

Las «viejas instituciones sacrosantas de Cogul» tuvieron que hacer algo para dificultar el avance del Lyceum, pues ya no me cabe duda de que ésta es la organización a que el autor se refiere, un avance que se refleja en el éxito que iban teniendo sus distintas iniciativas. Es posible que en el norte del país, en la ciudad que Giménez Caballero denomina «Evaso», donde se constituyó la institución que buscaba presentar batalla a estas mujeres, surgiese un movimiento lo suficientemente fuerte para precipitar su fin: al fin y al cabo, hasta donde sabemos, ese club dejó de funcionar una década más tarde, si es que no han seguido actuando clandestinamente desde entonces... ¿Y si fuese así? ¿Y si continuasen entre nosotros? La mayoría de sus miembros, por no decir todas, habrán muerto a estas alturas... ¿Quedará algún vestigio de un grupo de mujeres del siglo pasado en éste? ¿Existirán otras decididas a continuar su obra, fuese cual fuese ésta? La señorita Marple, otra detective maravillosa que siempre he admirado, descubría a los asesinos porque, al comparar a las personas que iba conociendo con habitantes de su pequeño pueblo, Saint Mary Mead, le parecía que encontraba muchas semejanzas entre unos y otros. Le resultaban conocidas sus fortalezas o sus debilidades, su forma de conducirse. «La naturaleza humana es la misma en todas partes», aseguraba con mucha convicción.<sup>45</sup> ¿Me ayudará observar a las que tengo a mi alrededor para entender mejor a las que ya no están?